

VII

LA ISLA DE CAPREA

UNA lasitud inmensa y un disgusto profundo hacia los hombres se apoderaron de Tiberio. Había abandonado a Roma, a Livia y a Sejano, a Livia, a la que hasta cierto punto despidió, pero que comprendía que era digna de toda su confianza; a Sejano, al que amaba con esa ceguedad que engendra los favoritos, que para él era lo que él fué para Augusto, durante los diez últimos años de su reinado, un Ministro que no discute, un esclavo siempre pronto a obrar, un amigo que no conoce más que la obediencia pasiva.

Partió para Campania y poco después para Caprea, con la alegría que experimenta el funcionario que ha terminado su carrera, y busca un retiro agradablemente ocupado. La pereza, la sed de placeres que es preciso ocultar, iban a dividir su alma con el ejercicio de un poder lejano y descartado de todo fastidio. Dion Casio hace sobre Tiberio una profunda reflexión: "Es

"te Emperador, dice, era un compuesto de grandes cualidades y de grandes vicios, y unas y otros dejó entrever separada y sucesivamente, como si de esa manera los hubiera adquirido." Esto es verdad: Tiberio demostró sus cualidades durante la primera parte de su vida, porque estaba contenido por el miedo, al inclinarse a su fin, se abandonó a sus vicios, porque se reputó libre y sin freno alguno.

Frente al golfo de Nápoles hay una isla muy célebre y muy conocida de los viajeros para que sea necesario describirla, es Caprea. Esta isla sorprendió a Augusto en la última navegación que hizo acompañado de Tiberio sobre las costas de Italia, y la adquirió de los napolitanos por medio de un cambio. Augusto pasó por ella; pero Tiberio la recordó constantemente y la eligió para su retiro. Su acceso era difícil, no puede llegarse a ella más que por un sólo lado y por una escarpada escalera. Las rocas se elevan por todas partes a una altura inmensa, y están cortadas a pico sobre una mar profunda, bella y peligrosa. En la llanura reina un aire purísimo, la vista abarca un horizonte magnífico, el Vesubio y el Golfo de Nápoles: la belleza del sitio y la nobleza de las líneas recuerdan la Grecia: se diría que era una Ciciade arrancada del círculo divino de Delos. Tiberio, encantado del clima, de la seguridad, de los recuerdos de Rhodas y de Grecia, hizo construir doce "villas," cuyos restos se enseñan aun a los viajeros, sin poder persuadirlos, porque son de tiempos posteriores a Tiberio, las ruinas de las "villas" que existen en Caprea, y apenas si hay una escalera de su época. Las doce "villas" tenían los nombres de doce dioses, la mayor, esto es, la de Júpiter, estaba habitada naturalmente, por el Emperador, las otras eran para los veinte senadores que formaban su consejo, para

los guardias, amigos y esclavos, para el personal y material, cada día mas considerables, de sus desórdenes.

Si Tiberio al retirarse a Caprea no hubiera sido más que un simple particular, habría vivido en la molicie y en la obscuridad, aumentando el rebaño de Epicuro, sin ser por eso un criminal; pero era omnipotente y tenía el derecho de quererlo todo. Sus deseos sin medida encontraron por todas partes los límites que le oponía la humanidad, atentó a sus derechos y fué arrastrado a la iniquidad.

Paso, señores, sobre la pereza que era el genio familiar de Tiberio, sobre su afición al vino, recuerdo de sus primeras campañas, que algunas veces le retuvo dos días y dos noches en la mesa, y le hacía designar para tal o cual magistratura al candidato que vaciaba de un solo trago el ánfora que le presentaba el Emperador: paso sobre la niñería literaria que le arrancaba ochenta mil francos por un diálogo entre el becafigo y el mirlo, el ostión y la ceta, compuestos por Aselio Sabino, y querría pasar en silencio otros placeres más difíciles de describir. Las prostituciones de ese voluptuoso de setenta años han alcanzado renombre, aunque el historiador no pueda mostrar por respeto a él mismo, ese palacio lleno de cuadros vergonzosos, de esculturas las civas, de libros obscenos, ni esos serrallos en que la prostitución más refinada, reanimaba los muertos sentidos de un anciano, ni los bosques poblados de desgraciados y desgraciadas, que estaban obligados a parodiar groseramente la encantadora mitología de los griegos, para excitar los deseos de un bárbaro.

Muy a mi pesar nombraré a uno de esos individuos que son el producto más abyecto de los más abyectos tiempos, mercaderes de carne humana, traficantes desvergonzados, oprobio del soberano que les emplea, de

la corte que los alimenta y del país que los tolera: el intendente de los deleites se llamaba Cesonio Prisco, era caballero romano, y el miserable se enorgullecía con el título oficial de "prefecto de los placeres de Tiberio" ("a voluptatibus") y ¡de qué placeres! La fortuna se complace en ocultar en los pliegues de la historia a muchas gentes honradas que debieran ser conocidas de la posteridad, y nos avergüenza con conocer y pronunciar el nombre de seres, que debieron permanecer ocultos en el fango.

Baste deciros, señores, que los años que Tiberio pasó en Crapea, transcurrieron en medio de una prostitución llevada hasta el delirio; los atentados eran de todos los días y el crimen fué la sazón del placer. A las mujeres de condición libre se las perseguía jurídicamente y se les amenazaba con la muerte si no cedían; así fué acusada Mallonia que prefirió quitarse la vida. Los jóvenes de ambos sexos pertenecientes a las más nobles familias eran objeto de raptos continuos; los esclavos y los libertos del Emperador que servían de proveedores a Cesonio Prisco, recorrían las campiñas y las provincias. Ningún sexo era respetado; se buscaba a los niños de la más tierna edad para destinarlos a los usos más abominables, y caso de resistencia de los padres, se manejaban como en una ciudad tomada por asalto, y el botín era luego llevado a Caprea. Este tejido de horrores lo han resumido en algunas palabras Suetonio y Tácito. No exijáis que traduzca a Suetonio, ni aun con palabras embozadas, los detalles que da, manchan la imaginación: sólo tienen el derecho de leerlo los que purifican la lectura con el odio al despotismo, procurando saber cómo los pretendidos amos del mundo, se han hecho inferiores a las bestias por el exceso de su mismo poder. Más fácil es citar a Tácito, cuya gravedad sublima hasta los más sucios manejos. Emplearemos la traducción de Bournouf:

"En seguida, volviéndose a sus rocas, ocultó de nuevo en la soledad de los mares los crímenes y disoluciones de que se avergonzaba. El ardor de la prostitución hasta tal punto le arrebatava, que a ejemplo de los Reyes, manchaba con sus caricias a los hombres libres. Y no eran sólo la gracia y la belleza de los cuerpos las que excitaban sus deseos, sino que se complacía en ultrajar en unos una infancia modesta, en otros las imágenes de sus antecesores. Entonces se inventaron nombres desconocidos, que recordaban lugares obscenos o lúbricos refinamientos. Esclavos destinados a tal fin, buscaban y encontraban víctimas, ora recomiendo pensando la buena voluntad, ora amedrentando por la resistencia, y si un padre o un pariente defendía a su familia, ejercían sobre ella la violencia, el rapto, y todas las brutalidades de un vencedor para con sus cautivos."

He aquí lo que sufría el pueblo romano, al que en otro tiempo le habían bastado para libertarse la violencia de Lucrecia y el rapto de Virginia.

Pero se dice que Suetonio miente, que miente Tácito, y mienten también los satíricos que han hecho alusión a las torpezas de Tiberio, porque ciertos apologistas son capaces de recusar los asertos más unánimes y precisos, y los que pretendemos justificar o combatir el testimonio escrito, por el de los documentos, tenemos pruebas palpables, materiales, incontestables, que confirman la veracidad de Tácito, Suetonio y sus contemporáneos.

La lengua latina nos ofrece desde luego, palabras que aún existen formadas por y para Tiberio; por ejemplo, el sobrenombre de "Caprinus" que había dado al pueblo y que indica por un doble equívoco "el habitante de Caprea" y las costumbres del "chivo," y no creo te

ner necesidad de recordaros cuál era en la mitología la misión de este animal. Otros, tales como "sellarii y spintriae" que no pueden traducirse, tranquilizáos, fueron inventados por el mismo Tiberio, para designar a los cómplices de sus horrores, o las víctimas de su prostitución.

La arqueología a su vez ministra pruebas irrecusables. Lámparas de barro, bronce, que por su estilo de claran que son de la época de Tiberio, representan las licenciosas escenas de que habla la historia. En Pompeya, sobre la costa vecina, ¡cuántos objetos debieron de ocultarse en el museo secreto! y estad convencidos que la influencia de Caprea se extendía a la afeminada Campania, donde se esforzaban en imitar las costumbres de las cortes con tanta mayor afición, cuanto no habían visto nunca con desagrado tales excesos.

Por último, las grandes colecciones numismáticas, contienen series de medallas de bronce, que comunmente se llaman "monedas spintrianas," o mejor tesoras, y que son más bien señales de reconocimiento o billetes de entrada. Sobre su anverso representan asuntos de una licencia tal, que no pueden describirse; sobre su reverso cifras romanas que llegan a XIX. La variedad de estos tipos, que es necesario ver una vez en la vida para comprobar la historia, es bastante grande para determinar su época, si algunas por su estilo pueden hacerse remontar al tiempo de Augusto, la mayor parte tienen los caracteres de las monedas grabadas en tiempo de Tiberio, y aun hay una serie, que es la más repentina, en la que los numismáticos pretenden reconocer el parecido de Tiberio.

¿Cuál era el uso de esas tesoras? ¿se distribuían a la multitud los días de representaciones licenciosas, o se

destinaban a los Atellanes? ¿daban acceso a los lugares de prostitución, o eran "billetes de hospitalidad" para las casas de mala reputación? ¿De la misma manera que hoy se da a los pobres bonos de pan, de carne, de leña, se daba a la canalla romana, esa especie de gajes a cambio inmediato, el día de larguezas imperiales? La moralidad de los Emperadores podría ir hasta allá, y lo cierto es, que hicieron acuñar con increíble abundancia esas armas parlantes de la prostitución.

Dejemos tan tristes cuestiones, e investiguemos más bien, cómo debemos representarnos en su edad avanzada al que los romanos llamaban el "Viejo chivo de Caprea." Le hemos visto en su juventud noble, hermoso e inteligente, prometiendo a pesar de algunos signos alarmantes al observador, un tipo digno de Livia y de los Claudios. ¿Hay por ventura un monumento que nos lo haga conocer en su vejez? Subiendo al gabinete de medallas y deteniéndose delante del estante que guarda los más bellos camafeos de la época imperial, búsquese el número 211. Allí hay una sardónica de tres capas, que mide siete centímetros de alto por cinco de ancho.

Allí está Tiberio, viejo, con una espesa cabellera, que el artista había inventado, que quizá se había adaptado al original cuando vivía, y sobre la cabellera una corona de encina: sobre la espalda tiene una egida con escamas de cerrada malla, por consecuencia estaba identificado con Júpiter "Aegiochus," esto es, Júpiter armado de egida. ¿La "villa" que ocupaba, no tenía el nombre de "Casa de Júpiter?" El perfil es hermoso, porque los años no modifican la construcción esencial y la silueta del rostro; la nariz es aguileña, desde luego se reconoce a Tiberio; pero la frente está plegada como indicando violencia, el arco superciliar revela una singular dureza, y el ojo tiene algo de terrible: la boca, los

labios y la barba son gruesos, sensuales y se aproximan al tipo de Vitelio: el cuello es enorme, hinchado por el vino, la gula y tal vez por un secreto veneno. En las proporciones de esta cabeza construída sin embargo por un hábil artista, hay algo de enorme, de monstruoso, y como una expresión de terror a través de la cual, el mismo artista vió a su modelo. A lo dicho debe agregarse que como la sardónica es de un tono azulado, lo da más sombrío al rostro haciéndolo más obscuro el recorte de los cabellos y la egida casi negra. De esta cualidad de la piedra resulta un efecto más dramático, que imprime algo de espantoso y de teatral a esa imagen de Tiberio.

Util es recordar que aunque el grabador del camafeo embelleció su modelo idealizándolo, es preciso completar este retrato, agregándole con ayuda de la imaginación ojos enfermizos, rojos, irritados hasta el punto de ver claro en las tinieblas como el tigre: un rostro cubierto de tumores, anuncios de los insomnios y la prostitución, cubiertos de unguentos y emplastos que el mismo Emperador se aplicaba, porque era su único médico, y una calvicie precoz y que debió precipitar su monstruoso género de vida. Tal era el voluptuoso y galante Tiberio, tal el horrible anciano, sultán que superó a muchos de una civilización más moderna, y que en su harem de Caprea, se entregaba a la molicie y a sus tardíos placeres, mientras que su gran visir, Sejano, lisonjeando sus pasiones, sus sospechas y sus instintos sanguinarios, era dueño de Roma.

Preguntaré: ¿puede ser verdad que ese abandono aparente y esa triste decrepitud le hayan inclinado a la ferocidad, que la molicie enervada se alie con el gusto por la sangre? Desgraciadamente, responde la historia a tamañas dudas, en diferentes épocas y por repetidos ejemplos. Degollar y violar son dos actos de poder;

destruir no pudiendo crear, una satisfacción igual para los niños que manejan sus juguetes, como para los tiranos que divierten con sus pueblos. El abuso de las mujeres y el desprecio de los hombres conducen igualmente a la crueldad, porque es una excitación del sistema nervioso, una forma de la saciedad del poder, un incentivo para los estómagos estragados.

En los primeros años la sangre no corría a su vista. Roma estaba lejos y Sejano velaba. La crueldad era regular, organizada, fácil y dulce para el déspota. Daba una orden, y no tenía que inquietarse ni por el proceso, ni por la condenación, ni por la ejecución; Sejano se encargaba de todo.

El rayo que sacó a Tiberio de su atonía le volvió a colocar enfrente de la divinidad que había reinado en su alma tantos años: ¡el terror! La carta de Antonia, la carta de Pallas, una disimulación que supo sostener con habilidad por seis meses las aprensiones más punzantes, el deseo de la venganza, aplazan una conspiración perpetua, sepultada en el secreto, luego, el estallido, Macron partiendo para Roma, fueron emociones que debilitaron e inflamaron sucesivamente al anciano, le abatieron, y exasperaron, le aniquilaron o le volvieron furioso. Preciso es considerar a Tiberio, lleno de ansia, devorado, suspendido sobre el abismo, desde el momento en que Macron fué a Roma a jugar sus destinos. Terribles frutos produjeron esas haras de ansiedad febril, pasadas sobre la más alta de las rocas de Caprea, y contadas por las pulsaciones de un corazón que el miedo hacía latir apresuradamente:—“¿Había llegado Macron a Roma? ¿qué pasaba en el senado? “.....¿y Sejano?.....¿muere? ¿triumfa? ¿marcha sobre Caprea? Las señales convenidas no se ven sobre las colinas. ¿Estaré perdido? Ya ha transcurrido la noche, el alba blanquea el horizonte, y aun no se dis-

“tingue ninguna señal. Nació el sol.....,sube.....se pone “.....va de nuevo a ocultarse en las ondas.....y ¡no hay “señal!.....¿Será preciso huir?”—Y Tiberio miraba a sus pies, abajo de la escalera tallada a pico, la galera allí amarrada, que debía llevarlo a algún lugar ignorado del mundo para buscar en él un refugio, pues Rodas se presentaba a su imaginación con los terrores de otro tiempo. Las emociones que le sorprendieron en una vida tranquila y enervada por los placeres, hubieran producido un cambio violento, aun en un hombre en la plenitud de su fuerza, y aunque le faltasen el valor civil y la convicción, habría habido una metamorfosis, y por lo mismo para ese lamentable y asqueroso anciano, fué la señal del desencadenamiento de las más negras pasiones.

En esta situación, después de la noticia de la muerte de Sejano, llegó la carta de Apicata, la mujer repudiada, revelando crímenes ignorados, entre los que se enumeraba el envenenamiento de Druso, hijo de Tiberio, por Sejano y Livilla. Una alegría efímera fué reemplazada por un furor amargo. ¡Qué! ¡él, el profundo, el disimulado, el previsor Tiberio, había sido engañado como un niño, había sido durante ocho años el maniquí del hombre que acaban de degollar; le había matado a su hijo y nada había sospechado! ¿De quién podía fiarse en lo sucesivo, si el universo no le presentaba sino traiciones, tramas y miserias? Su alma desde entonces fué presa de sospechas tan punzantes y de una rabia tan feroz, que hubiera querido derramar en el universo el terror de que estaba poseído. Nueve meses permaneció encerrado en su “casa de Júpiter,” comparándose al dios que pesa en su balanza el destino de los mortales; pretendió ser justiciero, y tomó su deseo de venganza, por una necesidad de justicia. Estudió la vida, las acciones, las palabras de sus principales ciuda-